

muertes. No es un canciller de hierro; es sencillamente un gran diablo en un delirio monstruoso. Porque él no verá mariposas blancas y azules; verá sapos, culebras, ciempiés, cocodrilos, toda clase de bichos horribles y asquerosos, en marcha hacia el campo de desolación, en cuyo centro se hiergue la pirámide de cráneos, y sobre el más alto de ellos, el casco de acero del cançiller-buitre.

No me cambiaba por él, aunque me diera el oro del mundo; porque, en fin, puedo dormir sin temor de que venga un cadáver á darme una serenata.

## JUERGAS ANARQUISTAS

Los anarquistas « reciben » ó tienen sus *soirees* los domingos. Estas explosiones de los grandes pirrotécnicos ocurren generalmente en el local de una taberna de la calle de la Gaité; local espacioso, pero húmedo y sombrío. El vaho que exhalan las bazofias, el humo pestífero de las pipas, y las blasfemias que cruzan la sala, forman una atmósfera bochornosa y malsana.

Bajé algunos escalones y me interné en la cueva.

— ¿Es usted un *triqueur*? — me preguntó una especie de portero. — ¿Viene usted á discutir?

— No discuto nunca; vengo á oír, ver y callar. Soy un periodista extranjero; el representante de EL LIBERAL en París.

Entré. Paseábanse á lo largo del salón unos señores con gabanes y sombreros de copa. Estos *musiús* pensé yo — serán los llamados *triqueurs*, los que vienen á discutir con los energúmenos; son, pues, unos *musiús* bien pendejos.

Nada de eso. Aquellos señores *enchisterados* eran

los mismísimos anarquistas. Yo, que había ido de americana y hongo, no pude menos de exclamar :

— ¡Diablo! ¡Si parezco más anarquista que ellos!

— ¿Es usted un *compagnon*? — me preguntó uno.

— No, señor. No tengo compañeros en ninguna parte.

— Entonces será usted un *solitario*...

— Ni tampoco solitaria. Soy un tipo. No vengo de anarquista, ni de *triqueur*; vengo porque me da la gana, puesto que esta es la casa de la anarquía.

— Pero usted, ¿quién es?

— Ya lo he dicho al entrar; un periodista de Madrid.

— ¡Hein! También allá hay buenos *compagnons*, partidarios de la propaganda por los hechos. Monsieur Errrrnesto Alvarés...

— ¡Calle usted! Ernesto Álvarez es incapaz de bombardear una mosca. Las marmitas se usan allí para cocer el puchero, ó para hacer un bacalao á la vizcaína. ¿*Compagnons*? Búsqnenlos ustedes en otra parte.

— ¡Oh!... aquí nos sobran, y de buena calidad. Vea usted : un Kropotkine, príncipe ; un Reclus, sabio ; un Morés, marqués ; una Uzés, duquesa. La vizcondesa de Tredern lleva á sus salones la flor y nata del anarquismo. En sus perfumadas tarjetas no falta jamás este aviso : « Habrá anarquistas », ni esta nota : « Se bailará á la dinamita ».

Pasó una hora, luego otra. Los anarquistas seguían, á lo largo de la sala, fumando en pipa.

— ¡Valientes *triqueurs*! — exclamó un señor. —  
— Se les invita á discutir, y no viene ninguno... ¡de miedo!

Me fijé un poco en aquel señor, que gastaba ropa negra.

— ¿No le conoce usted? Es el padre de Anastay ; un gran anarquista.

Me pareció un loco ; un señor que no es ciertamente anarquista, ni tiene tipo de eso, á quien obligara un dolor insensato á echarse en un abismo.

La sala quedóse poco á poco á oscuras ; el humo de las pipas se espesaba ; la atmósfera olía á chamusquina, y de repente, sin decir palabra, los manifestantes se dispersaron uno á uno.

Al salir me dijo el portero :

— No ha podido efectuarse la *sesión* proyectada para justificar el suceso de la calle *Bons Enfants*. Los burgueses no han venido... Y usted, ¿dónde vive?

— Ahí, en la tarjeta, lo verá usted.

Leyó. Y luego :

— Ande usted con ojo. En el número 34 de esa calle, casi en frente de la casa de usted, vive un magistrado que está muy comprometido, porque ha hecho mucho daño á los anarquistas. Toda la casa está cerrada. Dos guardias la vigilan día y noche.

— No me había fijado.

— Pues fijese usted, y múdese... *por si acaso*...

— Gracias.

\* \* \*

Para bromitas — ya que hay quienes se entretienen en poner bombas inofensivas de diversos colores y, lo que es peor, de olores que no son de ámbar, — para bromitas, la que le han gastado al anarquista Paint.

Salió de la *sauterie familiale*, ó como si dijéramos, de la *voladura casera*, dando vivas á la marmita y cantando el famoso

*Dynamitons! Dynamitons!*  
*Ton ton ton taine ton ton!*  
*Dynamitons! Dynamitons!*  
*Ton ton ton ton!*

y se detuvo en un esquina de la calle Flandre para leer mejor el título del pasquín distribuido en la *sauterie*, el cual título es, ó está

DEDICADO Á LAS TRES VAGAS  
 ROTSCCHILD, CARNOT, LEÓN XIII  
 ¡ Á MUERTE !

cuando acertó el buen Paint á ver el desfile de un entierro, y... ¡ *ton ton ton!* se descubrió respetuosamente al pasar el cadáver en un carro con una espléndida corona que tenía este letrero :

¡ ¡ ¡ Á MI MARIDO !!!

Detrás del féretro, la viuda llorando á lágrima viva. ¡ Pobre mujer! exclamó Paint y... *dynamitons! dynamitons!* se fijó en ella. Pero de pronto rugió como Satán.

— ¡ Vive Dios, si es mi mujer! La *indina* entierra á su marido : *luego* yo estoy muerto...

Paint interrumpe la ceremonia, detiene á la viuda y la interpela á gritos : — Oye tú, Nicolasa : ¿ me he muerto yo, por casualidad ?

Intervienen los guardias, suplican los amigos, se restablece el orden; sigue el muerto con su corona de marido y con su *viuda* llorosa, y el anarquista Paint se marcha cantando bajito :

*Dynamitons! Dynamitons!*

Porque no tenía derecho á otra cosa. La *viudita* era, ó es, su mujer; pero le dejó, hace años, por el muerto — que entonces coleaba; — y como Paint se conformó con su suerte...

¡ *Ton ton ton!*

\* \* \*

Los Paints de Berlín tampoco lo han hecho mal. La *sauterie* fué á lo grande, en los salones de la *Concordia* adornados con tupidas alfombras, alumbrados con luces eléctricas que destacaban el oro de las molduras y los lienzos de las paredes. Cuatro-

cientos cincuenta anarquistas casados llevaron bondadosamente á sus respectivas esposas. El grito general de los anarquistas solteros tenia por fuerza que ser : *¡ Vivan las marmitas!...* Se teorizó un poco, se discutió otro poco ; y en seguida á bailar la *Carmañola* como se baila en el Soudan...

Las esposas gritaban :

*¡ Vivan los cartuchos !*

Los anarquistas solteros :

*¡ Olé las marmitas!*

y de los cuatrocientos cincuenta anarquistas casados, salieron cuatrocientos cuarenta y ocho cantando bajito :

*¡ Ton ton ton!*

\*  
\*\*

Hoy como ayer, mañana como hoy,  
¡ y siempre igual!

¡ Oh, gran poeta! Merecías vivir eternamente aunque no hubieras expresado más que el dolor de esas dos líneas.

## HEREDIA

---

Yo no me perdonaría que EL LIBERAL no dijera nada del poeta cubano, gloria de España, D. José M. de Heredia, cuando toda la prensa parisiense dedica lo mejor de sus columnas, con las firmas de Bourget, France, Lemaitre, *etcétera*, á divulgar los primores del libro *Les Trophées*.

¡ Qué pocos españoles habrá — exclamaba sentenciosamente un crítico — que conozcan al novelista Kloklotoff! Ninguno, pensé yo, pero tú... tampoco le conoces; y dudo, además, de que exista Kloklotoff.

¡ Qué pocos españoles habrá — podría exclamar yo — que « estén en condiciones » de apreciar los méritos de *Les Trophées*! Pero es el caso que yo tampoco puedo apreciarlos todos; y esto, no sólo porque *mi* francés se da un aire al de todos los españoles, sino porque Heredia versifica, á juicio de estos académicos, en un francés atildado, purísimo, *de lo que no se escribe*, y cada uno de sus sonetos, de forma esencialmente elíptica, es un mundo de pensamientos. Produce muy poco, pero inmejorable,

y, por lo tanto, no está el fruto para saboreado por todos los paladares. Brevemente, Heredia es *un delicado*, que no escribe, sino cincela. Es claro que no puede ser y que no será nunca popular. Un libro mediano — ha dicho Flaubert — suele alcanzar el éxito, y una obra de arte suele pasar inadvertida.

\* \* \*

En un país donde los literatos cobran quinientos, seiscientos y hasta mil francos por artículo, merced á los cuales francos pueden vivir y viven todos como verdaderos príncipes, no es posible meterse de rondón en sus casas. Heredia es, además, rico por la suya, y está relacionado, por circunstancias de familia, con las encopetadas del París aristócrata. Buenos amigos míos, que lo son también de Heredia, me dispensaron el honor de pedir, en mi nombre, una entrevista con el poeta.

Fué el sábado, día de recepción en su casa. Oíase, al llegar á la puerta, el bullicioso regocijo de los contertulios, y el Sr. Heredia iba recibéndolos con la desenvoltura del caballero para quien es cosa corriente una recepción. Más bien alto que bajo, las espaldas en cuadro, la cabeza fuerte, el color tostado del marino, denunciando todo su continente un hombre sólido, duro, parecióme el poeta un capitán de un navío de guerra. Habla mucho y de prisa; no habla solo con la lengua, sino también con los ojos, con los lentes, con las manos, con todo él, que es un manójo de nervios en un cuerpo de atleta.

Supliqué al Sr. Heredia que me dispensara á se- las un momento de atención. Llevóme á un gran salón, con un mirador hermoso, desde donde se ven unos árboles, luego otros, todo un bosque de follaje que circunda su casa de la calle Balzac. Hablamos.

— Estoy á su disposición — me dijo. — Yo agradezco mucho á EL LIBERAL y á usted, que se hayan acordado de mí. Esto me satisface, porque mi familia es española y mi tierra es Cuba.

— Esta visita, señor Heredia, es sencillamente el cumplimiento de un deber de patriotismo y el testimonio de una admiración sentida. EL LIBERAL tiene curiosidades por la vida de usted...

— Y yo siento no poder dar de ella ningún rasgo extraordinario, de los muchos que pueblan la vida de los poetas. La mía no tiene nada de raro. Soy sencillamente un trabajador.

— Mucho habrá trabajado usted para conseguir un conocimiento tan perfecto de un idioma extranjero.

— Mucho, muchísimo; pero debo advertir á usted que mi idioma es el francés. Yo tenía ocho años de edad cuando vine de Cuba.

— ¿Y no ha vuelto usted?

— Sí, señor; á los diecisiete años volví á la Habana, en cuya Universidad estudié un curso nada más, regresando en seguida á París. Mis profesores de la Habana decían buenas cosas de mis facultades intelectuales, pero me propinaron unas notas muy malas.

Yo estudiaba poco las asignaturas y asistía muy

poco á cátedra, prefiriendo leer á Calderón y Lope en el patio de San Francisco. Desde que volví á París no he hecho otra cosa que estudiar á fondo el francés antiguo y moderno, y con componentes de uno y otro, depurándolos, cristalizándolos, he conseguido escribir en mis versos un francés que es esencia pura, un francés que parece raro, porque tiene algo de la armonía imitativa del castellano. Esto representa un trabajo terrible: treinta años de lima. El triunfo de mi esfuerzo es tan grande, que me permite escribir tal ó cual episodio, de tal ó cual época, en el mismo francés que se usaba entonces. Puedo recorrer todo el idioma, con arreglo á sus vicisitudes, y lo he demostrado en algunos libros en prosa.

(El señor Heredia habla sin pedantería, sin afectación, como el niño que cuenta su gozo, porque consiguió un juguete con el cual se había encaprichado).

— Es claro que usted era conocido mucho antes de publicar el libro que campa hoy en la prensa de París.

— Sí, señor; pero no por mis versos, que no suelen salir de los salones de los literatos. Yo era muy conocido y estimado entre los sabios de Francia porque... ¿por qué, dirá usted? Pues por haber encontrado la etimología de la palabra *haricot*. Los sabios estaban y están todavía entusiasmados conmigo. En cuanto á mis versos, les sabían de memoria, antes de publicar mi libro, compañeros míos de colegio, como Copée y Bourget...

— Yo no querría ofender á usted... Sus versos, á lo que entiendo, están muy trabajados.

— ¡Oh, sí, mucho, muchísimo! Algunos los he hecho con facilidad.... relativa.

Pero, por lo general, cada uno de mis sonetos me cuesta *tres ó cuatro meses de trabajo diario*; todo por cuidar la forma y querer expresar muchas ideas en muy pocas palabras.

— Lo he observado. Un soneto de usted puesto en prosa es un tomo.

— Indudablemente.

— El verso que refiere que el César destronado vió en el fondo de los ojos de Cleopatra un mar inmenso, por donde iban dispersas las galeras fugitivas, es toda una historia. Me explico la dificultad de urdir tales primores...

— Yo no creo que los poetas puedan ser fáciles, cuando son buenos; porque lo bueno, en todos los órdenes de la vida, cuesta caro.

— Abundo en la opinión de usted, Sr. Heredia; y recuerdo que Tennyson, á quien elogiaba grandemente un cortesano la *facilidad* de cuatro versos de una de sus poesías, le contestó con cierto dejo de amargura: « ¡Ay, amigo mío; si supiera usted que esos cuatro versos que le parecen á usted tan fáciles me han costado media docena de tabacos habanos! »

— Que á hora por tabaco, representan seis horas de trabajo. ¡Acaso me habrían costado á mi seis días!

\*  
\* \*  
\*

Al despedirme del ilustre émulo de Leconte de

Lisle, y distinguidísimo caballero, pedile algunos precedentes de su raza española.

— Elías Zerolo — me dijo — los refiere en su prólogo á las poesías de mi primo y homónimo José María Heredia, cantor del Niágara. Mi antecesor, por línea paterna, se llamó D. Pedro de Heredia, adelantado de Indias, fundador de Cartagena de Indias...

— Conozco el prólogo de Zerolo, y conozco la prosapia de usted. Son ustedes una familia privilegiada. Diríase que vive en todos ustedes la frase que dedicó al *otro* Heredia D. Antonio Cánovas del Castillo: « gran poder del entendimiento, inclinado al filosofismo tanto como á la poesía. »

... Una voz anunció: ¡Zola!

Y, entre Heredia y Zola, salí encorvado, de rodillas mentalmente, como si hubiera entrado Dios á decir á la Musa:

— *Bendito sea el fruto de tu vientre...*

## LAS DELICIAS DE CAPUA

---

Lo único que puede consolarnos de la temperatura groenlandesa que ha transformado el asfalto del boulevard en un vidrio mugriento, es que cuando termine el frío, allá por marzo, tendrán los vecinos de París, si no mienten los más acreditados médicos de Alemania y Francia, un colerazo que dejará pequeño al del año pasado. Así, el que quiera vivir con el alma en un hilo, *que se venga aquí.*

El cólera, los barbos corrompidos, Panamá, una temperatura constante de diez grados bajo cero, bombas de dinamita, y... un viajecillo á la frontera.

Bien que esta última ganga, es un « reservado » de periodistas y corresponsales extranjeros.

¡Dichoso Panamá; lo que nos va costando!

Figúrese usted, lector, que es corresponsal extranjero. Pues verá usted la que le espera.

Empieza usted por desayunarse con la lectura de una docena de periódicos, cada uno de los cuales dice lo que mejor le parece, y desmiente en la se-

gunda plana lo que dijo en la primera. En la hipótesis (poco probable) de que se libre usted de una congestión cerebral, sale usted á la calle con la cabeza como un bombo, y se echa usted por ahí « á manio- brar en lo insondable ». Sabe usted que habrá un escándalo en el Senado, y que es muy posible que en el Congreso un señor diputado dé unas bofetadas á otro señor diputado. Sabe usted, además, que el juez Franqueville tomará declaraciones, que han de ser muy graves, y que la vista del proceso será inter- interesantísima. Le cuentan á usted que se han efec- tuado otras prisiones, cuya exactitud necesita usted confirmar en la Prefectura, y cuando usted piensa en si acudirá primero á éste ó al otro siniestro, se entera de que en la calle tal se encontró una bomba, que no se sabe si contiene dinamita ó si es peor menea- lla...

Usted, á horcajadas en París, lo ve todo, lo huele todo. Sale usted del Senado, terminada la grito co- rrespondiente, y llega al Congreso en el instante mismo en que Rouvier levanta el airado puño para atizarle á Bernis, y usted sale otra vez disparado con dirección al Palacio de Justicia. Se oye poco, se ve menos. Activos corresponsales de pie los unos sobre las espaldas de los otros, forman, en lo recóndito de un pasillo, una especie de racimo, una escalera de carne. El que está más alto oye y cuenta. Sí, llegan rumores... Lesseps dice horrores á Baihaut; Blondin y Cottu gritan como energúmenos... ¡Grave, muy grave!... Pero no hay que detenerse. Hay que ir á la vista del proceso, á la Prefectura, á la calle en

donde se encontró la bomba, á Mazas, ¡ á la guillo- tina!; y cuando regresa usted á su casa, con la len- gua fuera, le aguardan otra docenita de periódicos, con diez ediciones de cada uno...

En fin, ya telegrafió usted. La una de la madru- gada. Toma usted el camino de su casa, pisando hielos, sube usted á un quinto piso, y... poco des- pués ronca usted tranquilamente.

Pero á las ocho en punto de la mañana le despiertan unos grandes golpes en la puerta, y usted, me- dio dormido, cree que está en discusión parlamen- taria con Rouvier. Despierto ya del todo, piensa usted que debe ser muy tarde, y que la persona que llama es la portera con la correspondiente jarra de leche. En zapatillas, embozado en la manta, sale usted. Los golpes arrecian, abre usted la puerta, y en vez de la portera tropieza usted al comisario Cle- ment, con dos gendarmes, que le echan mano al pes- cuezo.

— ?Cómo? ¿Por qué?

— Porque es usted partidario de la Triple Alianza.

— ¿Yo? Si dijera usted del triple anís, ¡puede! Pero ¡de la Triple Alianza! Á mí, ¿que me importa *eso*?

— No hay caso. Usted transmitió noticias que dió el Sr. Sikirrikliqui.

— ¿Sikirrikliqui? ¡Si no le he oído nombrar nunca! Ea, basta ya de bromas...

\* \* \*

¡Bromas! En el primer tren, que resulta ser de

mercancías, sale usted facturado en el furgón, y no para hasta la frontera.

Desde allí, si no tiene usted dinero, sigue á pie el viaje á su pueblo; y allá en España excomulgan á usted los periodicos, diciendo: — *¿Pa qué se metió?...*

¡Todo per la *Tríplice* y *Sikirrikliqui*!

## PAISAJE

---

Acabábamos de comer en *La Pesca Milagrosa*, así llamada porque los peces, cautivos en balsas, salen coleando del río para entrar en la sartén. Desde la espaciosa galería, de par en par abierta, por entre hojas de vid y macetas de flores, veíanse aún los islotes que recorta el Sena, las siluetas, borrosas ya, del pintoresco caserío de Meudon; y de trecho en trecho, entre el tupido follaje de tal casa campestre, suspendida como un nido, ó de tal restaurant con entrada en forma de embudo, vestido de ramajes, brillaba una luz alumbrando la caída de la tarde en el fondo del río.

Me levanté para despedirme de mi compañero de mesa.

— *¿Cómo? ¿Tan pronto?*

— Sí: porque hay mucho camino hasta la estación de Lyon. Voy á ver á Dodds, que llegará á las diez y cincuenta y siete minutos.

— Pues ¡*á la!* También voy yo.

Y salimos pitando en un vaporcillo fanfarrón,